

AMOR Y CONTEMPLACION EN LA POESIA HISPANICA

POR

GABRIEL DE ARMAS.

(... así como la gracia santificante, al dilatarse en la gloria, nos dará el derecho a contemplar a Dios como El es, de igual manera, en este mundo por entre las penumbras de la fe, la gracia nos permitirá penetrar con los ojos de Dios en las reconditeces de sus misterios».

Dom COLUMBA MARMIÓN.

I

Al morir el gran poeta Tomás Morales, el amplio sinfonista del Atlántico, dejó incompleta la composición que había de servir de prólogo al libro "Manantiales en la ruta", de Fernando González. Sólo había escrito el primer cuarteto, en inspirados endecasílabos, que dice así:

Yo sé que hay bravas gentes que desdeñan
el verbo noble y la ideal medida:
para esos pobres seres que no sueñan,
qué poca cosa debe ser la vida.

Parece, a simple vista, que estos versos del poeta canario están en contradicción con aquellos otros que el mejor de nuestros dramaturgos, Calderón de la Barca, pone en boca del Príncipe Segismundo, en su famosísima obra "La vida es sueño":

Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza;

sueña el que afana y pretende;
sueña el que agravia y ofende
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

.....
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión.
Una sombra, una ficción
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.

¿Por qué la vida es sueño para Calderón de la Barca? Porque es, efectivamente, como un sueño abocado a un despertar eterno. Es como una ilusión fugaz, que de pronto se disipa. En los endecasílabos de Morales el sueño, sin embargo, es sinónimo de ideal. Ideal que, claro está, hemos de mantener, si queremos dar un sentido a esa vida fugaz, antesala de otra impercedera. Frente a los ideales de odio, de violencia, de resentimiento y exterminio, que hoy ensanchan su radio de acción en un mundo que pierde pie y que se hundirá definitivamente, de no poner remedio, es absolutamente necesario encender la antorcha del amor y de la esperanza. Esta es la gran misión del intelectual y del artista.

El arte, que es naturaleza y espíritu a la vez, debe ambicionar, concretamente, en el más estricto sentido aristotélico, crear lo verdadero con perfección. Por eso el artista, inspirado en la naturaleza, riquísima en manifestaciones de exquisita belleza, ha de saber prescindir de posibles defectos que pueda detectar en ella, y llegar, mediante un doloroso y feliz proceso de abstracción, a la obra soñada (poesía, pintura, música, escultura ...), que palpitaba ya, con realidad presentida, en los más profundos hondones de su alma.

Creo que fue Ramiro de Maeztu quien definió el arte como un anuncio esplendente de la resurrección. El arte debe desempeñar, en este mundo de miserias, una trascendental misión de amor y de belleza. Estos dos valores, amor y belleza, se compenetran de tal modo que, de la contemplación de lo bello, nace espontáneamente el amor, el cual es bello y amable de por sí. Y es bien sintomático y aleccio-

nador que fuera precisamente el discípulo Amado el que escribiera, inspirado en las enseñanzas del divino Maestro, este impresionante pensamiento: "El que no ama permanece en la muerte" (1).

El 16 de abril de 1848 ingresaba en la Real Academia Española de la Lengua don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas. Su discurso de recepción versó sobre la Biblia. En uno de sus brillantes párrafos expone: "Tres pensamientos hay en el hombre, poéticos por excelencia: el amor a Dios, el amor a la mujer y el amor a la patria: el sentimiento religioso, el humano y el político; por eso, allí donde es oscura la noticia de Dios, donde se cubre con un velo el rostro de mujer, donde son cautivas o siervas las naciones, la poesía es a manera de llama que, falta de alimentos, se consume y desfallece. Por el contrario, allí donde Dios brilla en su Trono con toda la majestad de su gloria; allí donde impera la mujer con el irresistible poder de sus encantos, allí donde el pueblo es libre, la poesía tiene púdicas rosas para la mujer, gloriosas palmas para las naciones, alas espléndidas para encumbrarse a las regiones altísimas del cielo" (2).

II

Ya en los albores de nuestra lírica aflora el sentimiento religioso con dulces caracteres inconfundibles. Gonzalo de Berceo, el primer poeta español de nombre conocido, en cuya alma "se escondía alguna partícula de aquel fuego que había de inflamar la del Dante", nos sorprende con sus devotos cantos a María Santísima, en tono deprecatorio:

Sennora Benedicta, Reina acabada,
 Por mano del tu fijo don Cristo coronada:
 Líbranos del diablo de la su çancaiada,
 Que tiene a las almas siempre mala celada.

En los "Milagros de Nuestra Señora" gózase Berceo en describir los enormes prodigios obrados por la Madre de Dios; y se detie-

(1) Joan., III, 14.

(2) Donoso Cortés: *Obras Completas*, B. A. C., Madrid, 1946, tomo II, págs. 162-163.

ne en el regusto del loor y de la alabanza al más alto ideal de la mujer cifrado en María. Ideal que, andando el tiempo, alcanzaría la suma expresión de la belleza en el arte plástico español, con Zurbarán, Alonso Cano, Murillo, Luis Morales, Claudio Coello, Salcillo, Gregorio Hernández, Luján Pérez ...

Afirma San Ignacio de Loyola, como principio y fundamento de sus "Ejercicios Espirituales", que el hombre es nacido o criado para amar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto salvar su ánima (3). Es verdad cierta, enseñada por la Teología, que Dios, en su perfecta omnisciencia, presta eficientes auxilios a todo aquel que está fuera de la Verdad, para encontrar el camino recto que le conduzca a ella. Ya lo dijo San Pablo en la primera epístola que dirigió a Timoteo, su discípulo y obispo de Efeso, con toda firmeza y precisión: "El cual (Dios) quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad" (4).

Dios llama al hombre. Este puede o no responder con complacencia y gratitud. Con prontitud o negligencia. Todos recibimos, como don sobrenatural gratuito, la gran merced de la gracia *suficiente*. No siempre esta gracia es *eficaz*. No olvidemos que el hombre, en su libre albedrío, puede escoger lo que más plazca a su apetito, aunque virtualmente tenga que dar una respuesta negativa a su propio Creador.

Este llamamiento divino y este continuo dilatar la respuesta positiva, por parte del hombre, convirtiendo así en *ineficaz* lo que de por sí era *suficiente*, nos lo expone Lope de Vega, en uno de los más pulcros, logrados y sugerentes sonetos de la Literatura Universal:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
 ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
 que a mi puerta, cubierto de rocío,
 pasas las noches del hibierno oscuras?

¡Oh cuanto fueron mis entrañas duras
 pues no te abrí! ¡Qué extrañío desvarío,

(3) Ignacio de Loyola: *Ejercicios Espirituales*, Madrid, Apos. de la Prensa, 1927, pág. 34.

(4) San Pablo: *1.ª a Timoteo*, 11,4.

si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces mi ángel me decía:
—Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar podía—

¡Y cuántas, Hermosura soberana,
—mañana le abriremos— respondía ...
para lo mismo responder mañana!

III

Es interesante fijarse en los inexcrutables designos de Dios. Estudiar cómo la gracia santifica al hombre, justificándole por tan diversos procedimientos. Pararse a contemplar la psicológica multifor-
midad de la gracia. En el orden somático no existen dos fisonomías exactamente iguales. Tampoco en el orden psicológico nos encontramos con dos almas idénticas. En el orden sobrenatural, los "Camino-
s de Damasco" no suelen repetirse.

La simple lectura de Santa Teresa de Jesús quebrará un día la re-
sistencia atea de Edhit Stein. Una circunstancia milagrosa romperá
para siempre los prejuicios de Alexis Carrel. Un acontecimiento im-
pensado hará caer de rodillas a García Morente. El arte cristiano
convertirá a Thomas Merton. La observación atenta del acontecer ca-
tólico conquistará para Cristo a Singrid Undset. El dolor será la
puerta de entrada de Francisco Carnelutti. La poesía cristiana abrirá
horizontes infinitos en el alma de Paul Claudel. Una conversación
con León Bloy abrirá los ojos de Jacques Maritain y de su esposa
Raisa y de Pieter Van der Meer de Walcheren ...

A veces, la gracia es tumbativa. Como la de Saulo. Su alma es una
pira de odio y de venganza mortal contra los cristianos. En vertigi-
nosa cabalgadura va camino de Damasco. Lleva cartas dirigidas a
las sinagogas, para apresar a los discípulos del Nazareno. "No respi-
raba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor" (5). La
historia es conocida: una luz del cielo le hizo tambalearse y caer de
su cabalgadura encabritada. Tan abundante, densa y eficaz fue la gra-

(5) Hechos, IX,1.

cia que conmovió a Saulo, que hoy se le conoce con el sobrenombre de "el Apóstol" por antonomasia.

La gracia que transformó el alma de Agustín, futuro obispo de Hipona, fue alcanzada, por el contrario, a golpe de oraciones, de súplicas dolorosas, de profundos suspiros, de lágrimas constantes. Un día Mónica solicita la ayuda de un obispo para que irrumpa, con su ciencia, en el alma de Agustín y disipe, de una vez para siempre, los errores que atenazan su entendimiento. Este obispo "algo cansado ya de su importunidad, le dijo: Dejádme en paz mujer: así Dios os dé vida, como es imposible que perezca hijo de tantas lágrimas" (6).

Toda esta gama variadísima de las operaciones divinas en orden a la conversión del hombre, ha sido cantada admirablemente por la lírica hispana. Ella puede describirnos, en estrofas de primorosa calidad estética, todo el itinerario del más complicado proceso espiritual: desde la cruda expresión del arrepentimiento y del desencanto, punto quizá de arranque de una vida que va a entrar en la órbita de un dramatismo ascético, hasta la elevación del alma a la unión transformante, máxima cumbre del fenómeno místico. Allí, donde el entendimiento intuye las maravillas de lo increado y columbra los espacios temblorosos de infinito; donde la voluntad, enardecida por un fuego que no acierta a explicar sólo desea amar y ser amada; quedando el alma extática y despojada su memoria de todo recuerdo, a semejanza de Dios que no tiene memoria, porque su Ser es infinito y omnipresente frente al pretérito y cara al futuro. Entonces, bien puede el alma repetir con el Apóstol: "Vivo yo, mas no yo, porque es Cristo quien vive en mí" (7).

Un día cae —¿por casualidad?— en manos de Amado Nervo la "Imitación de Cristo", escrita por Tomás de Kempis. Después de leerla, el poeta comienza a ver la vida desde otro punto de vista. La verdad de sus palabras se le clavan en su alma como cilicios hirientes. Este mundo, tan bello, tan amable, tan atractivo, pasa ... Pasa como las nubes, como las naves, como las sombras. Quizá Amado Nervo está en los iniciales balbuceos de las primeras "moradas", utilizando

(6) San Agustín: *Confesiones*, Apos. de la Prensa, Madrid, 1942, página 70.

(7) San Pablo: *Gal.*, II, 20.

un lenguaje teresiano. No es, pues, extraño que prorrumpe en aquel canto impresionante, mezcla de cordura y desesperación, con visos de protesta y respuntes heréticos:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis!, antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el mar oceano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano.

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa como las naves,
como las nubes, como las sombras ...

huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegre
y con tu libro bajo del brazo,
voy recorriendo la noche negra ...

¡Oh, Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

Paremos mientes ahora en la postura de Maragall. No canta, no, como Nervo, desesperadamente, su desilusión. El poeta catalán se eleva al Creador por las criaturas: el mar, las vegas, los labios dulces y las rubias trenzas no tienen por qué constituir piedra de escándalo. De todo ello se puede gozar con la paz de Dios en el alma. Y hasta desear en nuestro corazón, cada momento que pasa, eternizar los segundos de felicidad vivida.

Si el mundo es ya tan bello, si se mira,
Señor, de vuestra paz los ojos llenos,
¿Qué más en la otra vida podéis darme?

Por eso tan celoso de mis ojos
Y de mi rostro estoy, y de mi cuerpo,
Señor, y de este corazón latente
Que de él inseparable me habéis dado ...
¡Tanto temor, así, tengo a la muerte!

Pues ¿con qué otros sentidos podré ver
Este azul de los cielos, que se cierne
Sobre los montes, y este mar inmenso,
Y este sol que fulgura en todas partes?
Dadme en estos sentidos paz eterna
y no querré otro cielo que ese cielo.

No puedo comprender a aquel que nunca
Dijo a otro instante que pasaba: —¡Párate!
Más que al momento de la muerte misma.
No comprendo, Señor. ¡Yo que quisiera
Tantos momentos sujetar al día
Para en mi corazón eternizarlos!

Este sentimiento noble y puro de elevarse al Creador a través de las criaturas encuentra su expresión aguda en el príncipe de nuestros líricos, Fray Luis de León. Poesía intimista que surge al contacto de las realidades circundantes. Ya cante la serenidad del aire, cuando suena la música gobernada por la sabia mano de Salinas, ya exprese el sabor melifluo de la vida del campo, ya contemple el cielo adornado de innumerables luces, ya describa las celestes mansiones, Fray Luis de León se nos muestra como un inmenso poeta bíblico, de estilo propio y original, que alcanza en su cántico a la Ascensión perfecciones estilísticas nada comunes. Canto sencillo y llano, carente de artificios, de forma pura, es, como diría Menéndez Pelayo, "una mansa dulzura que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la templa y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito":

¿Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

.....

¡Ay! nube envidiosa
 aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
 ¿dó vuelas presurosa?
 ¡cuán rica tú te alejas!
 ¡cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

Pero aun el alma no las tiene todas consigo. El demonio la ronda constantemente y ella tiene conciencia de su pequeñez y de su insignificancia. Sin la ayuda del Señor nada puede el hombre en orden a su propia santificación. Las tres concupiscencias señaladas por San Juan nos acosan a toda hora: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (8). El poeta lo comprende e implora la ayuda del Todopoderoso, como lo hace el gran nicara-güense, Rubén Darío, en un rasgo de honda sinceridad:

.....
 ¡Señor, que la fe se muere!
 Señor, mira mi dolor.
 ¡Miserere! ¡Miserere!
 Dame la mano, Señor ...

IV

Distinguen los teólogos entre el amor de concupiscencia y el amor de caridad. Amar a Dios porque de El recibo beneficios es amor de concupiscencia. Amar la bondad absoluta de Dios, por ser Quien es, prescindiendo de los beneficios, es amor de caridad. Lope de Vega canta la primera forma imperfecta y elemental de amor, en su conocida composición poética:

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
 Que tengo de morir, es infalible.
 Dejar de ver a Dios y condenarme,
 triste cosa será, pero posible.

Contrasta este amor de concupiscencia o temor de perder los bienes prometidos, con el amor generoso y desprendido del autor

(8) I Joan., II,20.

del bellissimo Soneto Anónimo, cuyos dos primeros cuartetos "son de lo más hermoso que se haya escrito en español", según Ludwig Pfandl (9). El autor vuelve sus ojos al Redentor y, al comprender toda la grandeza del misterio de su pasión y muerte, realiza la más sublime de las entregas:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.

Pero entre ambos amores, el imperfecto, que no puede olvidarse de promesas que envuelven dádivas o castigos, y el de caridad, amor perfecto que por su entrega generosa se remonta a las alturas místicas, la lírica hispana nos sorprende a cada paso, mostrándonos toda la esplendorosa floración del Espíritu en el alma del hombre viador y caminante.

¿A quién no ha conquistado la lectura de la admirable parábola del Buen Pastor? ¡Qué contraste entre el Pastor verdadero, que entrega su vida por las ovejas, y el mercenario, que, como asalariado, carece de interés por ellas y huye al menor peligro! Cristo se definió a Sí mismo: "Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las ovejas me conocen a mí" (10).

Manuel Machado, el que cantara en "Adelfos" su escepticismo,

(9) Ludwig Pfandl: *Historia de la Literatura Nacional Española en la edad de oro*, Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1933, pág. 165.

(10) Joan., II,16.

dejándose llevar y traer por las olas, sin que se tomara en serio la pena de vivir, nos ha de sorprender, andando el tiempo, con una bellísima composición, "El buen Pastor", arquetipo de sencillez, de gracia, de cautivadora terneza:

Pastor: te bendigo por lo que me das.
 Si nada me das, también te bendigo.
 Te sigo, riendo, si entre rosas vas.
 Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
 ¡Contigo en lo menos, contigo en lo más,
 y siempre contigo!

Cristo está siempre presente en su Iglesia. Con presencia física bajo las especies eucarísticas. Cristo viene cada día al altar bajo la acción litúrgica del sacerdote consagrante. El pan de vida es su propia carne, que El ha entregado para la salvación del mundo. Cuando anunció este misterio muchos de sus discípulos dejaron de seguirle. E impelido por esta circunstancia, hubo de preguntar a los doce Apóstoles: "Y vosotros, ¿queréis también marcharos?" (11). La Iglesia, pues, desde sus inicios, nada tuvo que ver con una democracia donde contase la voluntad de cada cual. Gustase o no, sólo El, Señor y Maestro, debería disponer del presente y del futuro. Frente a los que aun continúan queriendo enturbiar torpemente el misterio eucarístico, Mossen Jacinto Verdaguer, el épico cantor de la "Atlántida", nos ofrece una obra de composiciones dedicadas al Sacramento del Amor:

¿Quién te bajó desde el cielo
 para alumbrar este suelo,
 astro de claro fulgor?
 ¿Quién de la esfera estrellada
 te condujo a mi morada?
 El amor.

De las perlas la más fina
 de la perlera divina,
 ¿quién con tu bello esplendor

(11) Joan., VI,68.

te arrancó del firmamento
y en mi pecho te dio asiento?
El amor.

Lirio fresco, lirio tierno,
lirio del jardín eterno,
que embalsamas con tu olor,
¿quién te trajo a este desierto
de ortiga y cardo cubierto?
El amor.

¿Quién no ha sentido alguna vez el azote del dolor sobre los lomos de su espíritu? ¿Es el sufrimiento, tanto físico como moral, se pregunta la humanidad doliente, una intrascendente circunstancia que se maldice siempre, en tanto se tolera por irremediable? No. Sufrir con Cristo da un sentido nuevo al dolor. Así dice San Pablo a los filipenses: "La gracia que os ha sido concedida es la de sufrir por la causa de Cristo, y no solamente creer en El" (12). El plectro de José María Pemán, el insigne poeta gaditano, pone en su poesía "Resignación", dedicada a la memoria de su padre, acentos paulinos, que penetran sin forzamientos en el alma del lector:

¡Bendito seas, Señor,
por tu infinita bondad;
porque pones, con amor,
sobre espinas de dolor
rosas de conformidad!

.....

Será el dolor que viniere
en buen hora recibido.
Venga, pues que Dios lo quiere ...
¿Qué me importa verme herido
si es mi Dios el que me hiere?

V

En la "Subida al Monte Carmelo", San Juan de la Cruz nos detalla cómo la fe ha de purificarse, con dolor y quebranto, hasta lle-

(12) San Pablo: *Fhil.*, I,29.

gar al supremo gozo de la contemplación. La contemplación, nos enseñaba el profesor y filósofo Michele Federico Sciacca, es "pararse para ver". Para subir a la contemplación sobrenatural, infusa, sólo existe una senda: la oración confiada y perseverante. A este respecto, nos dice Fray Juan de Jesús María, citado por el P. Arintero en su "Evolución Mística", que "la contemplación es una vista quieta de la verdad hallada. De manera que la meditación es como el camino, la contemplación es el término del mismo camino" (13). La contemplación sobrenatural es obrada directamente por Dios en el alma bien dispuesta, la cual permanece como embebida en místicas claridades y como sumergida en la intuición más viva del misterio amoroso.

Arintero, el gran renovador de la mística tradicional, hubo de lanzar su artillería gruesa contra aquellos que trataban, confundidos y confundiendo, de dividir la contemplación en infusa y adquirida. Toda contemplación sobrenatural, afirma Arintero, es infusa. Un discípulo suyo, el P. Ignacio González Menéndez-Reigada, siguiendo la trayectoria de su maestro escribe, en 1926, "Unidad específica de la contemplación cristiana". De esta obra entresacamos las siguientes líneas tan acertadamente descriptivas: "En la contemplación el entendimiento no afirma ni niega, ni compone ni divide, ni busca ni indaga, ni pasa de una cosa a otra, sino que está fijo mirando la verdad que se manifiesta" (14).

El poeta místico y contemplativo es, sin duda, por su índole, el más fino, leal y agudo de los amadores. El nos proporciona nuevos horizontes de amor a Dios y nos descubre, en versos de cadenciosa sublimidad, el inmenso piélago de su alma en el reposo del Amado. Todo es como un adelanto de la eterna bienaventuranza.

El gran tratadista de la vida mística, Thomas Merton, siguiendo las huellas de San Juan de la Cruz, nos describe así la contemplación: "La contemplación está siempre más allá de nuestro conocimiento, más allá de nuestras luces, más allá de los sistemas, más allá

(13) Arintero: *Evolución Mística*, B. A. C., Madrid, 1968, pág. 429.

(14) Menéndez-Reigada, Fr. Ignacio: *Unidad específica de la contemplación cristiana*, Madrid, 1926.

de las explicaciones, más allá del discurso, más allá del diálogo y más allá de nuestro propio ser. Para entrar en el reino de la contemplación uno tiene que morir, en cierto sentido; pero esta muerte es, en realidad, la entrada en una vida más alta. Es una muerte por la vida, que deja detrás todo cuanto conocemos o apreciamos como vida, pensamiento, experiencia, gozo y ser" (15).

Ahora es la Doctora Mística, Teresa de Jesús, la que nos habla de su propia vida fuera de sí, muerta a sí misma, a causa del fuego del amor de Dios que en sí tenía, en su conocida letrilla:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Y en la última estrofa de esta encantadora composición, nos alecciona acerca de lo que es, en realidad, su vida ausente del Amado:

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?:
lástima tengo de mí
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

San Bernardo, el Dr. Melifluo, gran contemplativo, nos habla de la razón de ser de la contemplación, del origen de la misma. ¿Cómo se produce este prodigioso fenómeno? El nos da una respuesta sencilla y profunda: "La contemplación resulta de la descendencia del Verbo de Dios a la humana naturaleza por la gracia y la exaltación de la humana naturaleza al mismo Verbo por el amor divino" (16).

Esa descendencia divina y superexaltación humana se expresan, con primorosas formas, en el más poeta de nuestros teólogos y en el más teólogo de nuestros poetas, en San Juan de la Cruz, cuya

(15) Thomas Merton: *Nuevas semillas de contemplación*, Edhasa, Buenos Aires, 1963, pág. 16.

(16) San Bernardo: *Obras Completas*, B. A. C., 1953, tomo I, página 1.113.

poesía angélica, al decir de Menéndez Pelayo, "ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios" (17).

Nadie como él ha narrado, en imágenes de singular encanto, la plácida intensidad de la unión transformante, que constituye la última y suprema etapa de la contemplación:

En una noche oscura
 Con ansias en amores inflamada,
 ¡Oh, dichosa ventura!
 Salí sin ser notada,
 Estando ya mi casa sosegada.

 ¡Oh, noche que guiaste!
 ¡Oh, Noche amable, más que el alborada!
 ¡Oh, Noche, que juntaste
 Amado con amada,
 Amada en el Amado transformada!

 Quedéme y olvidéme,
 El rostro recliné sobre el Amado,
 Cesó todo, y dejéme
 Dejando mi cuidado
 Entre las azucenas olvidado.

VI

Pero hay algo que no debemos olvidar. La contemplación cristiana es el dispositivo necesario a toda acción. Sin oración no es concebible la actividad apostólica. Por eso, la unión con los hermanos debe estar precedida de la unión con Dios. Es más. Sin unión con Dios, que es Padre, no existe unión con los hermanos, hijos del Padre común. La filantropía fue siempre un ideal cursi que terminó a bofetadas. La que hoy se nos quiere suministrar de marute, acaba ante los brotes permanentes de violencia, sediciones, raptos, secuestros y toda clase de terrorismos que conmueven al mundo ...

Con toda razón, pues, escribió Jacques Leclercq: "El misticismo

(17) Menéndez Pelayo: *Estudios de crítica literaria* (primera serie), Madrid, 1927, pág. 55.

cristiano es el más radical de todos, porque todo lo absorbe, y hasta cocinar o labrar la tierra pueden transformarse en un canto divino; pero tiene toda la simplicidad de la flor de los campos" (18). Pensamiento éste que ya, de forma bien sencilla y directa, exponía la Reformadora del Carmelo a sus monjitas, en el libro de las Fundaciones: "... entre pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior" (19).

No ya como contemplativos místicos, sino como hombres reflexivos, serenos, que se "paran para ver", fijémonos en un hecho histórico que no es pura contingencia: cómo la España contemplativa es la del esfuerzo, la de la justa ambición, la de la eficiencia, la del heroísmo, la de la acción prepotente en ultramar. La que se abre camino a la esperanza. La que arde en caridad. La que civiliza y estimula la energía individual. La que reza y la que lucha por el bien. No fue ella, no, precisamente, la España inerte que se dejó dominar por un deseo de extinguir las afecciones del alma, en parangón con la absurda quietud del "Nirvana" de las religiones orientales. La España mística es la de las grandes realizaciones históricas. La madre de veinte naciones que rezan a Cristo en castellano.

También esta España, mística y andariega, contemplativa y realizadora, tuvo sus mejores versos en la lira indómita de un genial vate peruano: José Santos Chocano:

.....
Tú si eres grande,
España romancesca y luminosa:
tú eres la Fe que el corazón expande;
tú la Esperanza que en la Fe reposa;
y tú, la Caridad que por doquiera
va prodigando su alma generosa.
Grande fue tu ideal, grande tu sueño:
tan grande fuiste en la cristiana era,
que el mundo antiguo resultó pequeño
y para ti se completó la Esfera.
.....

(18) Leclercq: *Treinta meditaciones*, Desclée Brouwer, Bilbao, 1956, 1956, pág. 176.

(19) Santa Teresa de Jesús: *Fundaciones*, V,8 en *Obras de Santa Teresa*, edic. y notas del P. Silverio de Santa Teresa, 2.ª edición, Burgos, 1930, pág. 780.